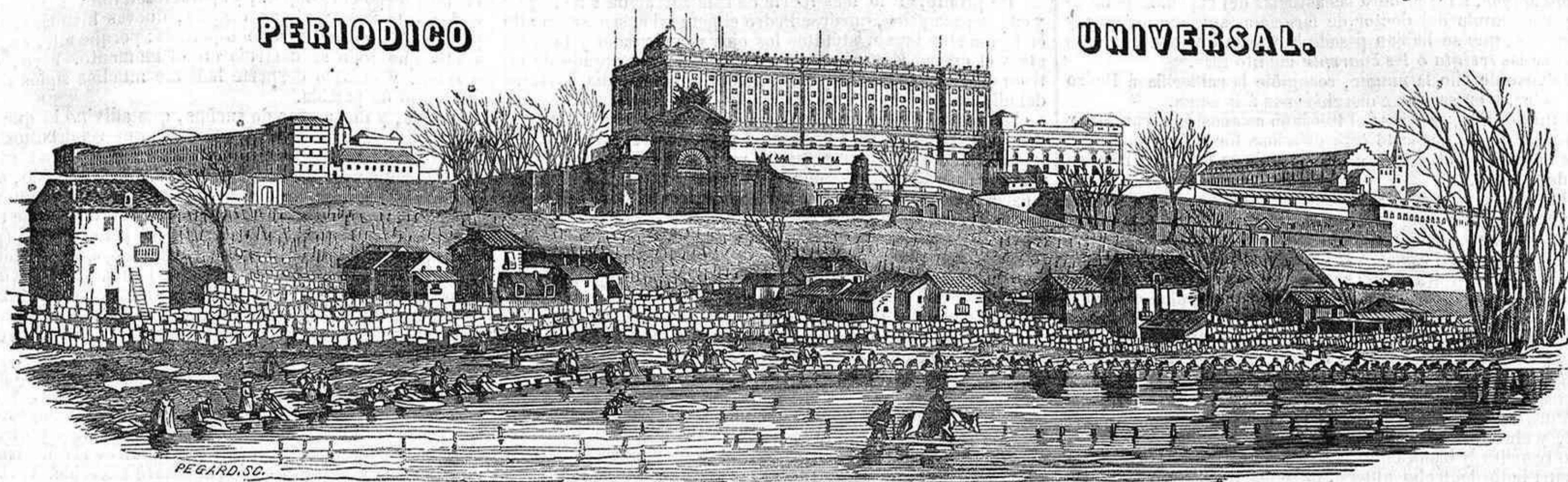


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 30.—SÁBADO 24 DE JULIO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

EXPOSICION DE LONDRES.

ECONOMIA INDUSTRIAL.

BONETERIA.

Este ramo se ha considerado hasta ahora como muy poco importante, y por la misma razon se ha apreciado muy poco: pero se ha afiliado en el Palacio de Cristal con este nombre una masa de artículos que en el comercio gozan de mucha estimacion, por lo que es justo que nos ocupemos de los progresos que su fabricacion ha alcanzado en nuestros dias.

La Inglaterra tiene la fama de haber trabajado mejor y mas barato que las demás naciones en algunos ramos industriales; pero en el de que se trata, ha probado la Exposicion Universal, que aquel país debe ceder su superioridad á la Francia: entiéndase que hablamos en cuanto á los gorros de algodón, pues ya se sabe que los de seda de allende el Pirineo, no conocen rivales.

Examinaremos pues la boneteria de algodón en todos los diversos objetos que abraza y que tan indispensables son para nuestro uso: en ellos se prueba de una manera indisputable la *anglomania*, con solo decir que entre todos los fabricantes franceses solo los señores Cochois y Collin han espuesto productos de sus establecimientos de Troyes y Arcis. Añádase á esto que solo remitieron muestras, por el pequeño espacio que se les asignó en el Palacio de Cristal, y se convencerá cualquiera de la preponderancia inglesa en el mencionado ramo. Esto no obstante, aquellas muestras son notables por la regularidad que guardan entre los diversos tamaños, así de guantes, como de medias y calcetines: algunos de estos mismos artículos son rayados, otros ostentan dibujos de bastante gusto, y los piés de las medias y los de los calcetines solo tienen una costura. Como sucede en todos los artículos de la industria, la boneteria inglesa no puede compararse á la de nuestros vecinos en cuanto al buen gusto.

La de lujo, la de seda y la de hilo de Escocia francesa presentaban prendas finísimas y delicadas, aunque en corta cantidad. La Exposicion inglesa, por el contrario, ocupa mucho terreno, y á pesar de esto, es preciso convenir en que la fabricacion no ha hecho grandes progresos en Inglaterra: allí fabrican hoy los artículos de algodón como en otras naciones se fabricaban hace treinta años.

No deben desconocerse sin embargo dos inmensas ventajas atribuidas por los inteligentes á esta industria inglesa, á saber: que la primera materia empleada en ella es muy superior á la francesa, y que los precios, como consecuencia forzosa de esa misma superioridad, son mas baratos.

Es incontestable que estas dos ventajas se presentan como fundamentales, pero no bastan, en nuestro concep-

to, para emitir un juicio exacto sobre el producto en cuestion. Dos elementos de superioridad dominan en la fabricacion que nos ocupa: primero la primera materia; segundo el blanqueo.

Pero todo esto no constituye una buena fabricacion, y lo que nos parece cierto es que el trabajo de los talleres de otros países es infinitamente superior al de los ingleses.

Digamos algo de los de Francia.

La boneteria llamada generalmente de Champagne, se fabrica exclusivamente en el departamento del Aube, y tambien, aunque en mucho menor número, en el del Marne.

Troyes es el centro de esta industria. En 1830 se estableció allí una feria, que se celebra todos los jueves y viernes, de modo que todos los fabricantes de alguna suposicion estan representados en ella por comisionados, que venden sus productos y compran al mismo tiempo las primeras materias propias para la fabricacion.

Los algodones que se emplean, se hilan generalmente en dicho departamento.

Los jornaleros se componen de dos clases: los de las ciudades ó villas y los campesinos.

Los de las poblaciones como Troyes, Arcis, Mery, etc., estan mejor pagados y fabrican tambien mucho mejor que los del campo: estos, como que se dedican al cultivo de las tierras una parte del año, no pueden alcanzar la perfeccion á que llega el jornalero ocupado constantemente en una sola tarea.

Muchos trabajadores se hacen cargo de dos ó tres operaciones distintas, que dejan al cuidado y cargo de sus hijos: la muger se ocupa en colocar el algodón en las canillas, y los niños y las niñas se acostumbran, desde su tierna edad, á coser los artículos fabricados por sus padres, llegando á ganar desde 25 hasta 75 céntimos diarios.

Muchos jornaleros y aun fabricantes en pequeño poseen en el campo un terreno reducido, que produce lo necesario para mantener la familia: el vino y la carne son los únicos alimentos que necesitan comprar; pero miran á la segunda como plato de lujo, y así es que hacen de ella poco gasto, reservándola para los dias festivos. El jornalero campesino es sobrio, y se entrega poco á la bebida. En las poblaciones es general este vicio, y se consagra el lunes para las libaciones. En Troyes, donde hay mas instruccion, suele bastar este dia; pero en Romilly dura muchísimas veces el lunes hasta el jueves.

El jornalero que trabaja en esta industria gana en los

pueblos desde un franco y 50 céntimos hasta 2 francos y 5 céntimos: en el campo no pasa su salario de un franco, ó de un franco y 50 céntimos; y tambien baja, en épocas criticas, hasta 75 céntimos.

La boneteria de algodón tenia en 1816 poquísimas importancia, como todas las industrias algodoneras: desde dicha época data el movimiento ascendente que este ramo del comercio no ha dejado de experimentar hasta el presente, segun se verá por esta reseña, que terminaremos en nuestro próximo artículo.

EL ESCRIBANO MARTIN PELAEZ,

SU PARIENTA Y EL MOZO CAINEZ.

(Continuacion.)

—Cómo en desierto? saltó y dijo el dómine; ¿por ventura, aunque la verdad nos esté al pronto escondida, ignoramos nosotros que el principio de la sabiduria es saber dudar?

—Y cómo en desierto? replicó el cirujano; ¿para quien sabe los nervios, las arterias, tegumentos, membranas, tejidos, huesos y cartilagos, partes mínimas y mayores que tiene V. y todo ente racional en su organismo, denominado *cuerpo*, y cómo están estas y estos colocados y las funciones animales que ejercen de comun acuerdo; y cuáles miembros se pueden suprimir por la amputacion sin interesar la vida! Cómo en desierto? ¿Yo que sé cómo se descompone un hombre, no diré mejor, pero sí tan bien como V. sabe componer un pedimento!

—Señores, mi alusion no ha sido personal en ningun modo; no he emitido, por otra parte, nada mas que mi opinion particular, y creo por tanto que no haya para qué tomar el cielo con las manos, mucho menos cuando nos podemos remitir á la prueba *ipso facto*.

—Que cuente el señor Martin el cuento de las fantasmas, y quédese esto en donde estaba.

—Dice verdad la tia Corneja.

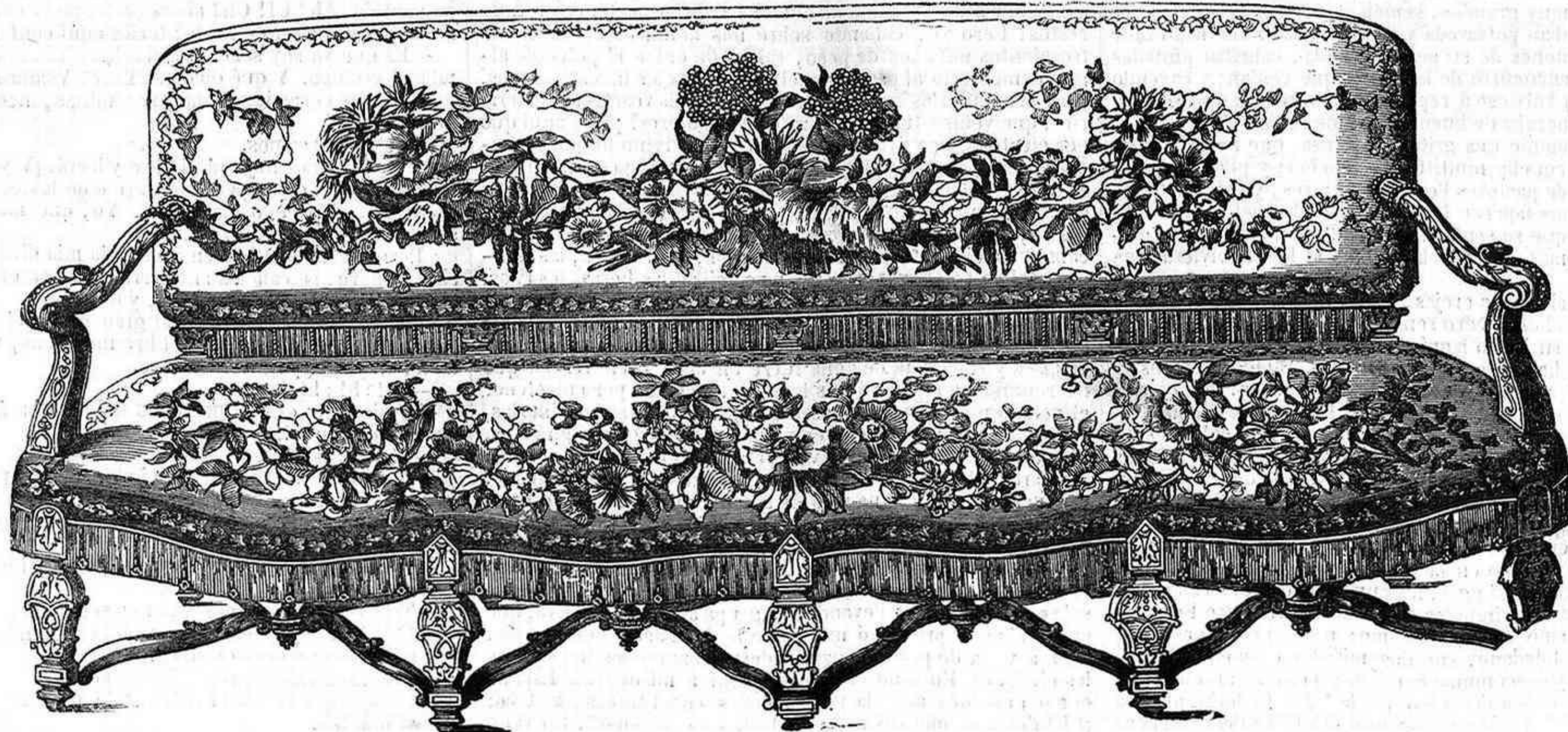
—Habla bien, que cuente.

—Que cuente.

—Pues que cuente, mitad grito, mitad súplica, dijeron todos, y se apiñaron mas que lo estaban antes.

Martin espectoró dos veces, y tomando la actitud y el tono declamatorios, comenzó de esta manera: «Pedro Fernandez,

vecino natural de Toledo, de estado casado, de edad ni jóven ni viejo, de estatura ni alto ni bajo, bastante buen carácter, y un personal no muy malo; Pedro Fernandez, de barba regular, pelo castaño, nariz regular, y entendimiento como las narices; Pedro Fernandez, hombre á este tenor muy desu hacienda, cierta noche, luego de haber echado unas manos de *tute* en la botica de al lado, se retiró



Gran sofá de tapiceria.

UN PASEO POR LONDRES.

(Continuacion.)

SEGUNDO DIA.—Se empezará la excursion hácia el Oeste, entrando en la calle *Fleet-street*, donde se halla la iglesia de Santa Brígida, *SAINT BRIDE'S CHURCH*, á corta distancia de San Pablo, y se distingue por su hermoso chapitel. Es obra de sir Cristóbal Wren, y en ella se ve un monumento erigido á la memoria de Richardson, autor de *Pamela*. El interior de este edificio es grandioso. En su extremo Oeste hay una ventana de cristal colorido, obra del señor Murs, y representa la Descension de la Cruz, copia de Rubens. En el campanario de esta iglesia fué donde se hizo el primer ensayo de los relojes iluminados, y el actual existe desde 1826.

En la acera del frente, en *Fleet-street*, está la iglesia de Sunstan's, *SAINT DUNSTAN'S CHURCH*, una de las mas antiguas en Londres. Al extremo Este hay una estatua de la reina Isabel, que en otro tiempo estaba colocada en Ludgate: por el



St. Bride's church.

lado que hace frente á la ribera, detrás del reloj, habia dos figuras atléticas armadas de dos mazos, con los cuales daban los cuartos de hora. Estos dos favoritos de los nativos de Londres, fueron trasladados en 1832 á la casa de recreo del ya difunto marqués de Hertford en *Rigent's Park*.

En frente del callejon *Chancery*, llama la atencion por su antigüedad la entrada al edificio llamado *el Templo*, *THE TEMPLE*. Está debajo de un edificio que fué palacio del cardenal Nolsey, bajo el reinado de Enrique VIII. Tiene el nombre de *el Templo*, con motivo de haber sido antiguamente la residencia de los caballeros templarios.

A pocos pasos, bajando el pasaje, se encuentra la iglesia llamada *del Templo*, *THE TEMPLE CHURCH*, que es un antiguo edificio gótico, erigido por los templarios en el reinado de Enrique II. Llama la atencion por su vestíbulo circular y por las tumbas de los cruzados que en ella fueron enterrados. El arco normando que forma la entrada, es obra maestra y de esquisito gusto. El salon del Templo está adornado con un



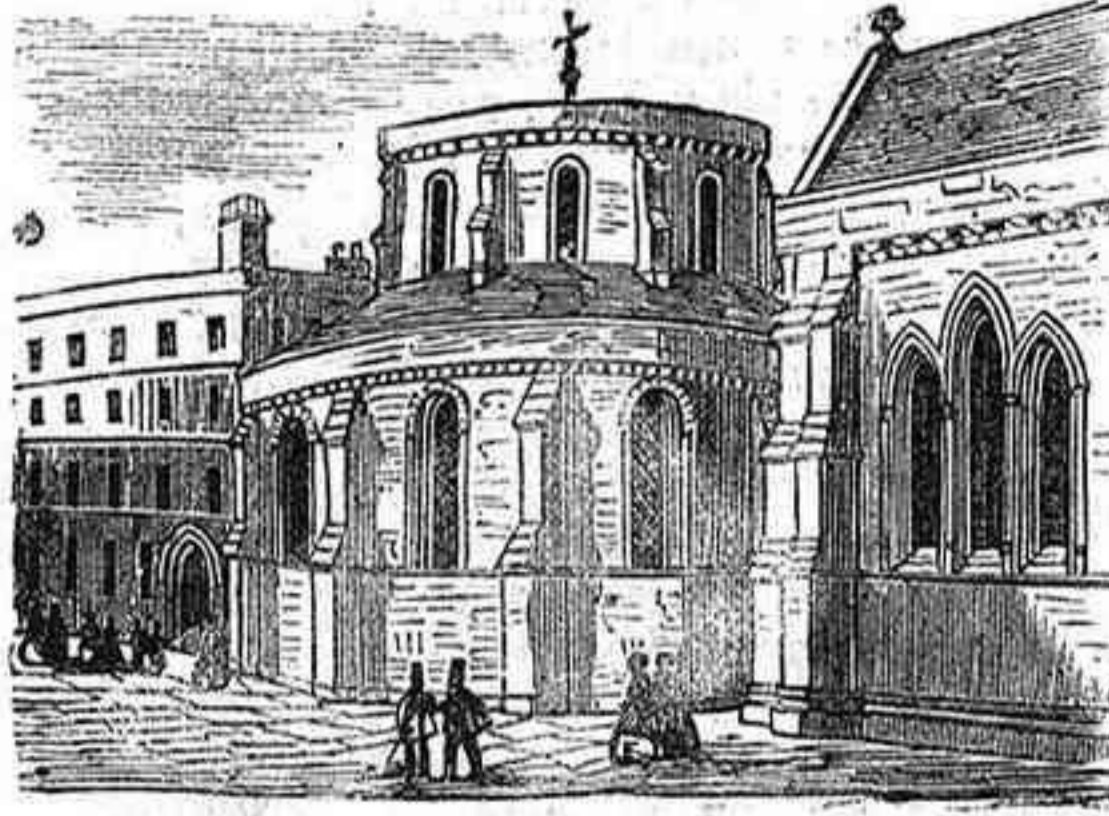
St. Dunstan's church.

curioso biombo entallado, y en la librería se conservan un par de guantes hechos en tiempo de la reina Isabel. Inmediatos están los jardines que se extienden á lo largo de las márgenes del Támesis y forman un magnífico paseo, desde donde se descubren los principales puentes. Están abiertos al público durante el verano, empezando la primera semana de junio.

La Barrera del Templo *TEMPLE BAR*, que es una puerta así denominada, separa *Fleet-street* de la ribera, es muy antigua y la única que queda de los límites de la ciudad. Fué edificada por sir C. Wren después del gran incendio, y tiene dos postigos para los transeúntes á pié. En este sitio, en ocasiones particulares, la municipalidad de Londres recibe á la familia real, y cuando el soberano entra en la ciudad, el corregidor le entrega la espada de estado, que es devuelta. Hallándose el espectador en la ribera, el objeto que sobre todo se le presenta desde *Temple Bar*, es la iglesia de San Clemente Danes. Otway el poeta fué sepultado en ella en 1685.

Al pasar por este sitio no ha de quedar inapercibido el *Junco Chino*, *THE THINESE JUNK*, que se enseña al extremo de la calle *Essex*. Este buque, que se llama *El Keying*, es verdaderamente una curiosidad; y si cinco años hace se hubiese dicho

que íbamos á tener entre los puentes Black Friais y Waterloo un buque chino con su correspondiente tripulacion y alboradura, semejante aserto se hubiera considerado como visiona-

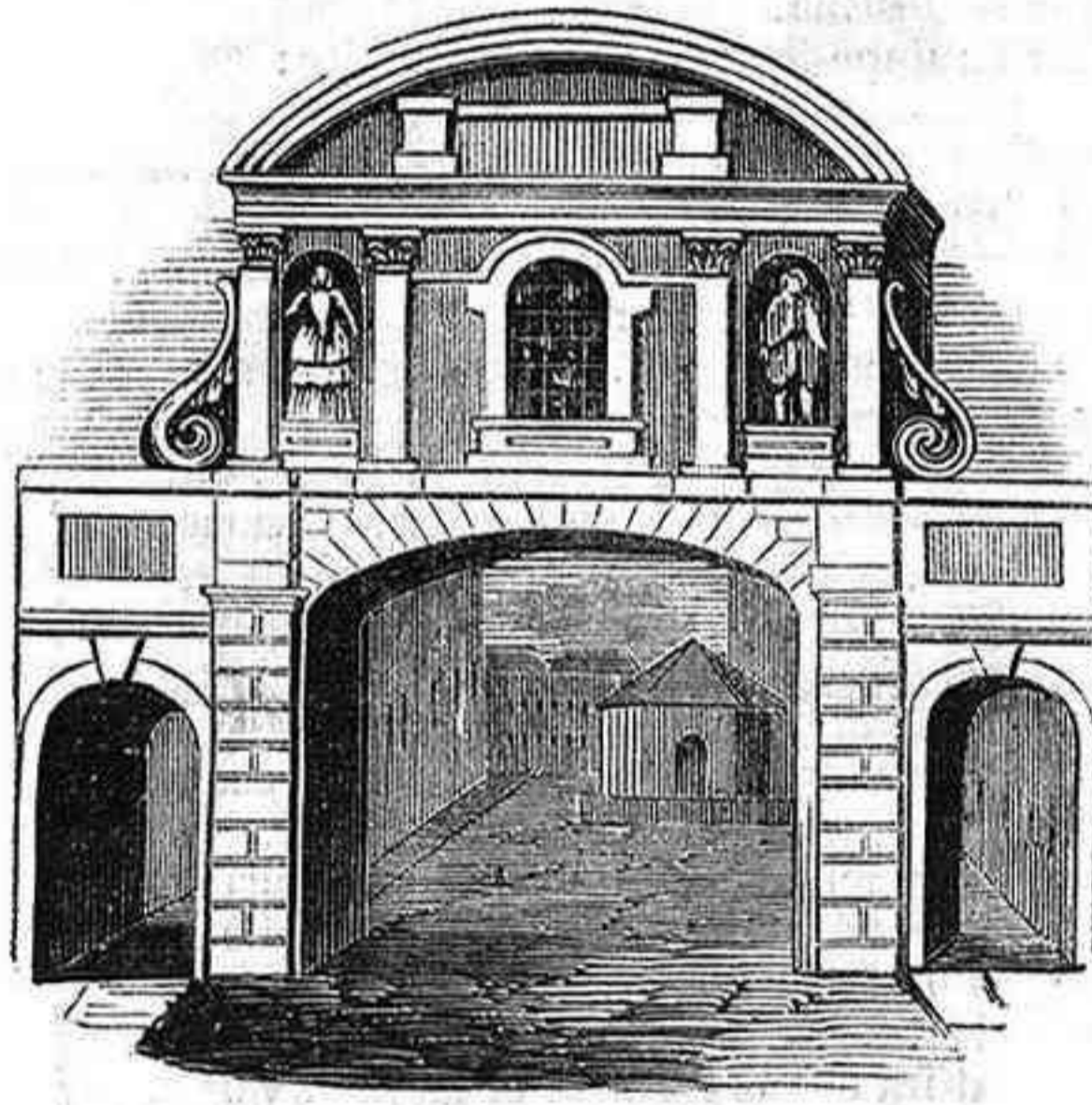


The Temple Church.

rio. Y sin embargo es un hecho patente en el centro de Londres, donde llegó este buque después de haber pasado del celestial imperio al nuestro, distancia igual al completo circuito del globo. En su bordo está de manifiesto un museo de curiosidades chinecas, muy dignas de verse, y la tripulacion chineca divierte á los espectadores con representaciones grotescas que por su originalidad llaman particularmente la atencion. Se paga un chelin de entrada.

Pasando la iglesia de *Sainte Mary-le-Straud*, celebrada por su hermosa balaustrada, se presenta á la vista el teatro de la Ribera, *STRAUD THEATRE*, que es entre los de su clase el mas pequeño. En este diminuto teatro se han dado algunas representaciones de la presente época, con el mejor éxito: los precios de entrada dependen de las representaciones que se dan al público.

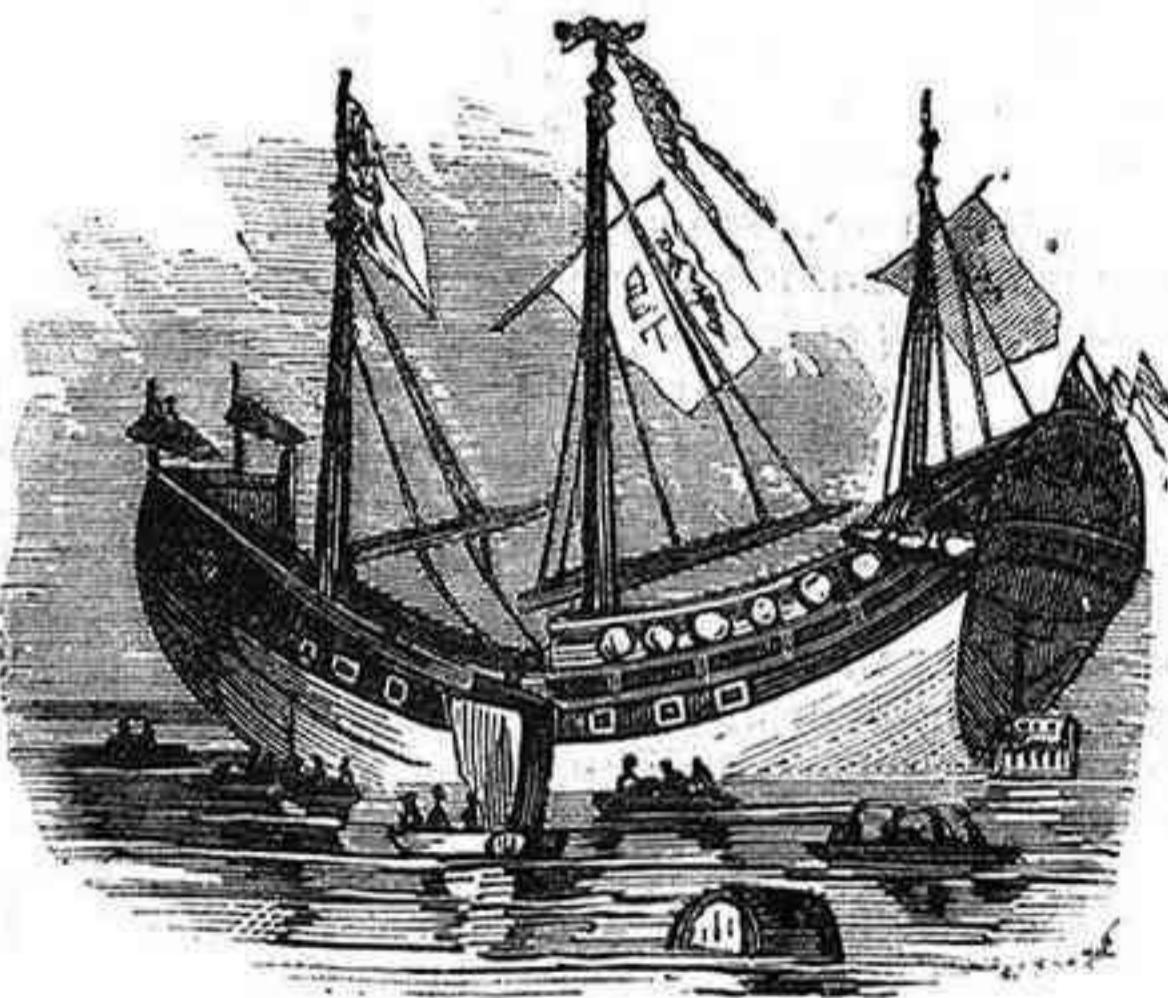
Mas adelante á la izquierda se halla un palacio llamado *SOMERSET HOUSE*, fundado en el local que ocupaban varias iglesias que fueron derruidas para su construccion en 1549 por el protector. Es de forma cuadrangular, con un gran patio en el centro. El objeto que aquí mas llama la atencion es una es-



Temple Bar.

tatua de bronce de Jorge III que se halla sobre un pedestal cerca de la entrada.

Enfrente está de manifiesto el terrado Somerset, *SOMERSET TERRACE*, erigido sobre rústicos arcos adornados con vistas del Támesis en bajo relieve. Desde este sitio se presenta á la vista la mejor perspectiva del puente de Waterloo, *WATERLOO BRIDGE*, obra atrevida y de mucho merito, principiada en 1811 y concluida en 1817. Fué inaugurado en el aniversario de la batalla de Waterloo del precitado año de 1817, asistiendo á la ceremonia el príncipe regente, el duque de Wellington y un inmenso concurso; Mr. Dupin, el mas célebre ingeniero en Francia habla de este puente como de una obra colosal digna de Sesostris y de los Césares. Tiene 2,456 piés de largo, y 42 piés de ancho dentro de las balaustradas. Las aceras forman un paseo muy grato, y los transeúntes á pié al pasarlo pagan medio penique. Un poco al Oeste hay un distrito llamado *el Savoy*, en el cual existió antiguamente un palacio edificado por Pedro, conde de Savoy y Richmond en 1245. No queda de este edificio mas que la antigua capilla, que se conserva bastante bien.



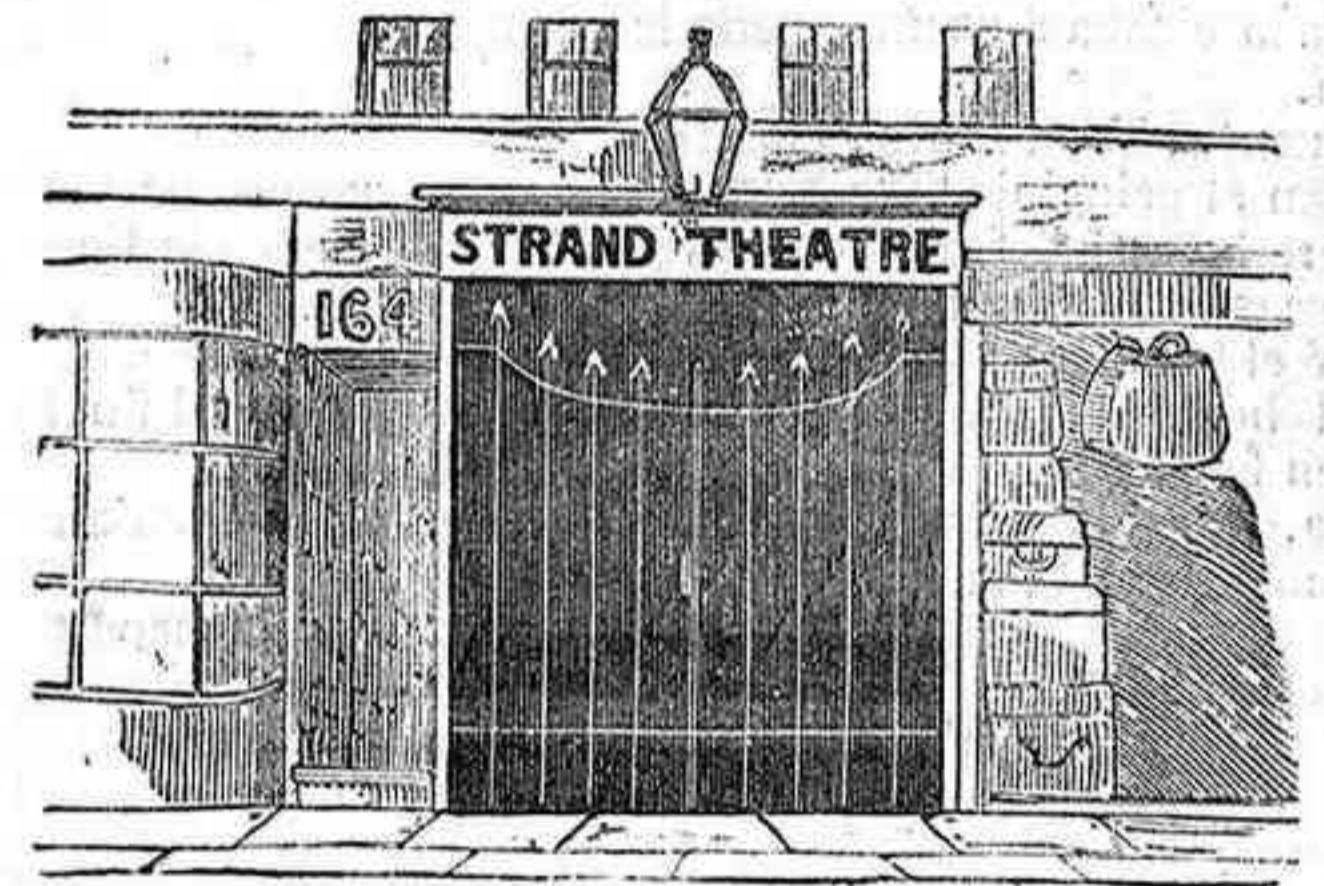
The Chinese Junk.

En la calle *North Wellington* se presenta á la vista el pórtico del Teatro Liceo, *LYCEUM THEATRE*, actualmente bajo la direccion de la señora Vestris. El buen gusto de esta señora

ha adquirido á este teatro muy buenas entradas. Los precios de entrada son: palco 5 chelines, patio 2 chelines, galeria un chelin.

El número 427 en la Ribera, es una antigua casa adornada con bustos de Jorge I, II y III, y á pocas puertas mas adelante está el Teatro Adelfi, *ADELPHI THEATRE*, dirigido en la actualidad por los señores Benjamin Webster y la señora Celeste. Anteriormente se le daba el nombre de *Sans Pareil*; pero en 1820 cambió de nombre y dueño. Es en este teatro donde se dió la perniciosá representacion de *Tom y Jerry*. Los precios de entrada son: palco 4 chelines, patio 2 chelines, y galeria un chelin. En direccion Sur de la Ribera hay varias calles llamadas *Las Adelfi*, con motivo de haberlas formado cuatro hermanos, Juan, Roberto, Guillermo y Jorge Adam.

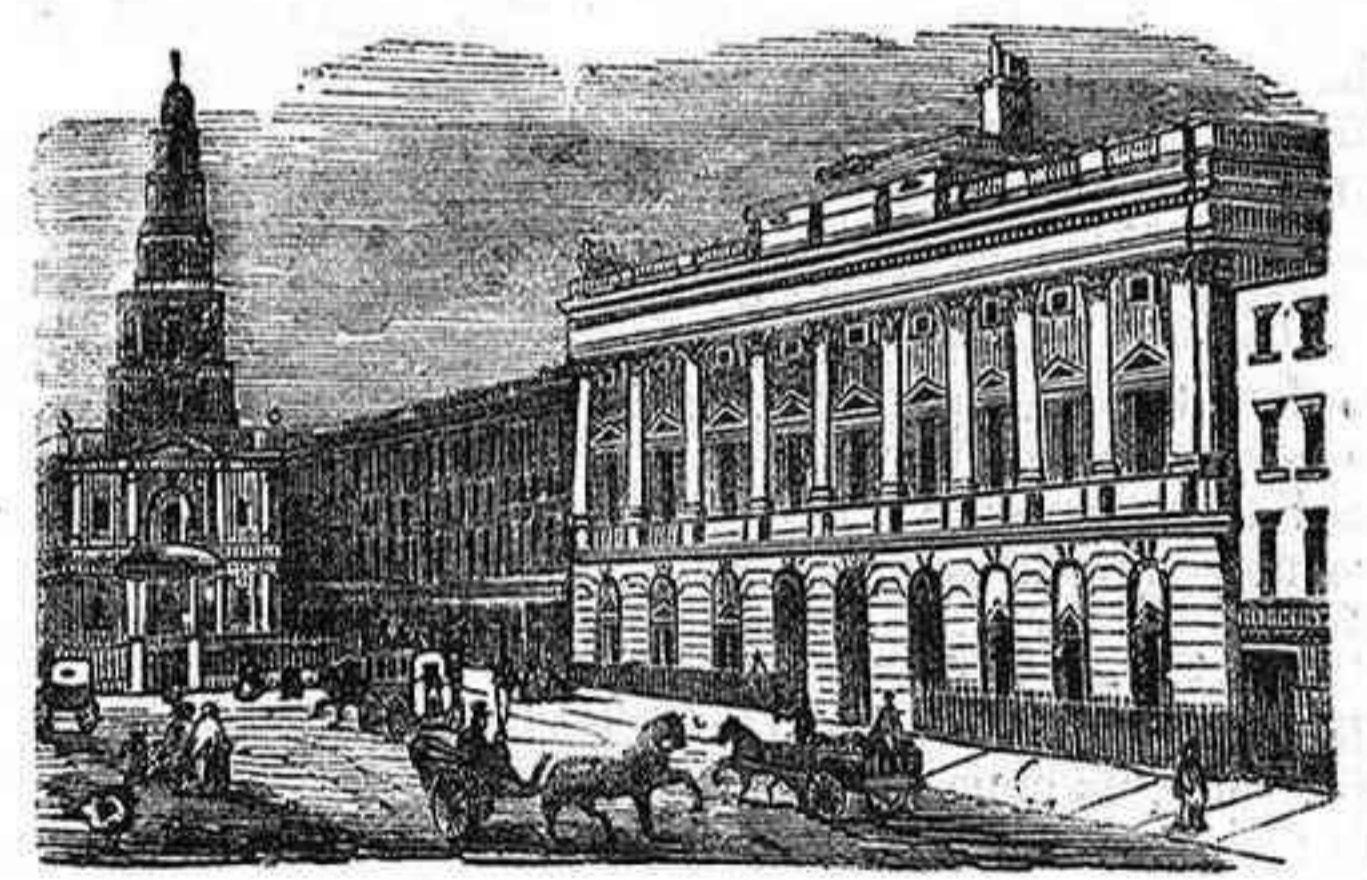
Desde el terrado Adelfi se presenta una excelente vista del Puente colgante, *THE SUSPENSION BRIDGE*, que pone en comunicacion el mercado *Hungerford* con *York Road*. Está destinado para transeúntes á pié, y se paga medio penique de portazgo. Pende de cuatro anchas cadenas que pesan 745 toneladas.



Straud Teatre.

Volviendo á la ribera por Adelfi, llama la atencion el sombrío edificio denominado *EXETER HALL*, sobre cuya entrada hay una inscripcion en griego casi ilegible. Es un edificio destinado para reuniones fraternales. Su gran salon, donde se suelen dar espléndidos conciertos, puede contener 4,000 personas. Al extremo de la calle *Buckingham* se ve la célebre Puerta de agua, *Water gate*, erigida por Villars, duque de Buckingham. Esta gran obra de arquitectura es del conocido Inigo Jones. En la fachada Oeste se ven las armas de la familia Villars, y al Norte su divisa *«Fides corticula crux.»* Volviendo á la Ribera se admira el leon que corona el techo de *Northumberland-house*, edificio que fué construido bajo el reinado de Jaime I, por Enrique Howard, conde de Northampton, y es en la actualidad residencia del duque de Northumberland.

En Charing Cross se vé la estatua ecuestre de Carlos I, *STATUE OF CHARLES THE FIRST*. Es de bronce; fué fundida por Le Seur en 1633, y es la primera erigida en Inglaterra. Du-



Somerset House.

rante las guerras civiles el Parlamento la vendió á un tal Juan Rives de Holborn, con órdenes espresas de destruirla, pero el comprador la ocultó debajo de tierra hasta la restauracion, en cuya época fué erigida de nuevo en 1678 sobre un pedestal hecho por Grinlin Gibbous, y adornada como ahora aparece con las armas reales, trofeos, etc.

LA PERLA DEL TURIA.

Por Francisco J. Orellana.

(Continuacion.)

Instamos todos con mas vehemencia á D. Julian para que no privase á la buena sociedad valenciana de los talentos de su hija, y nos despedimos del honrado labrador y de su amable familia, contentos los que hasta entonces no habiamos tenido la dicha de conocerla, de que la casualidad nos hubiese deparado un encuentro tan apetecible.

Dudaba yo aun si Cándida era tan hermosa como me ha-

bia parecido, y si la fascinacion del talento no habia ofuscado mis sentidos, hasta el punto de representármela como una divinidad. Así que mientras caminábamos hacia Valencia, no pude menos de decir á mis compañeros con tono indiferente, para que no penetrasen mis sentimientos: ¿Qué tal os ha parecido la artista? ¿Es guapilla, no es verdad? ¿Guapilla! exclamaron en coro mis tres amigos. ¿Con qué ojos la has mirado? ¡Es preciosa! El conocido de D. Julian añadió: Es la criatura mas hermosa de la provincia; tiene el corazon mas sensible y sencillo que se conoce en muger; es una joya inestimable, lo mismo en sociedad que en el trato íntimo de la familia; modesta como un ángel, se avergüenza de su propio talento, y lo prodiga con la mayor sencillez: en una palabra, es la *perla del Turia!*

Gustonos á todos el título que mi amigo acababa de dar á Cándida, lo aplaudimos, y desde aquel día no volvimos á llamarla por otro nombre: mas tarde se hizo popular. Sin em-



Somerset Terrace.

bargo, aquel día miré el entusiasmo de mi amigo como un síntoma de mal agüero: tuve celos de él, y por Dios que eran completamente infundados.

II.

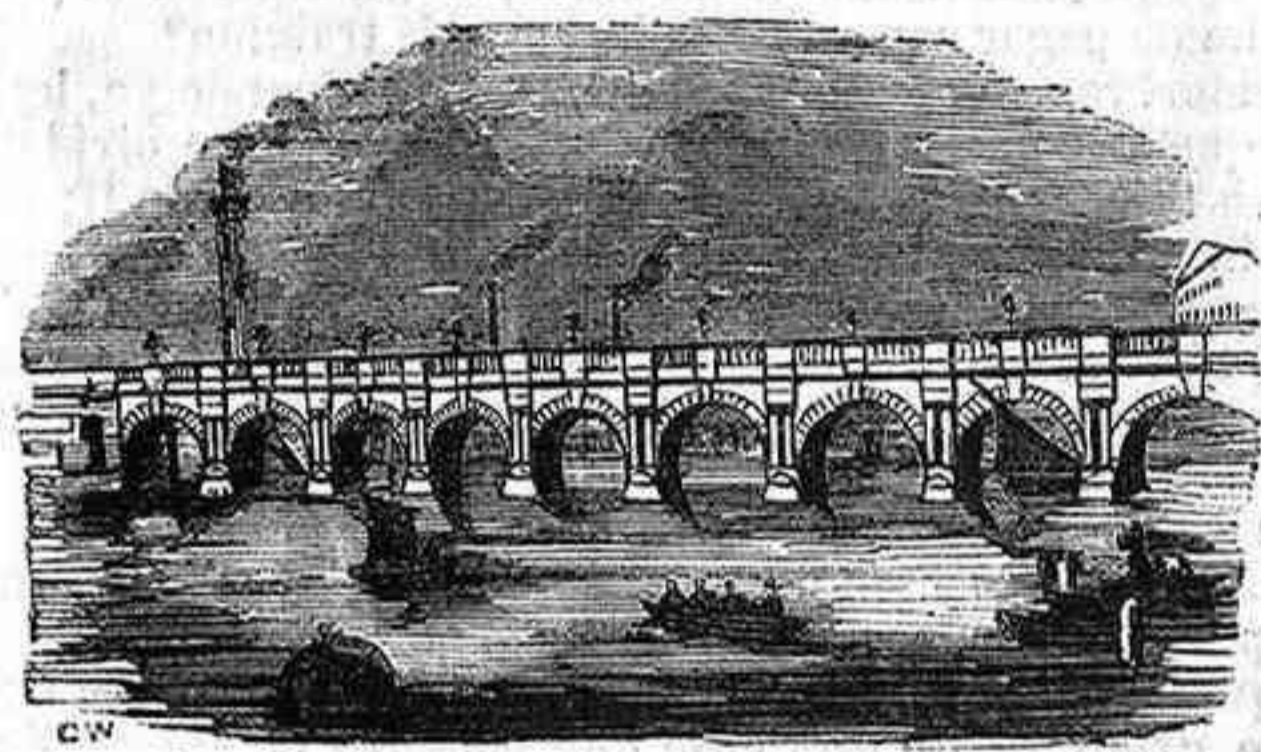
Comienza el pleito.

—¿Segun eso, dijo la condesa, el compañero de caza no codiciaba la *perla*?

—No señora, contestó Florencio; pero yo conservé por mucho tiempo mis sospechas, y traté con cierta imprudente reserva á mi amigo Luis Elias. No sé si he dicho que así se llamaba. Me sucedió lo que á los maridos engañados, que cuando recelan su desgracia, culpan por lo comun á un inocente, y dejan el campo libre á su contrario. Celoso de Elias, y ocupado en observarle, no eché de ver á un lobó que se introdujo en el aprisco. Pero no anticipemos los hechos.

El vecino Ramirez entabló su demanda contra D. Julian, y este, acordándose de mí, vino á verme acompañado de Elias,

—Ese testarudo, me dijo, se ha propuesto hacerme gastar y dar de comer á la polilla negra. Cómo ha de ser! lo que se haya de llevar otro, prefiero que V. lo gane; que al cabo es V. jóven, tendrá conciencia todavía, y procurará no embro-



Waterloo Bridge.

llar como se suele, transigiendo ese negocio lo mas pronto posible. Si Ramirez no se aviene á buenas, peor para él: de todos modos, mis derechos son incuestionables, él perderá, y V. comenzará su carrera acreditándose.

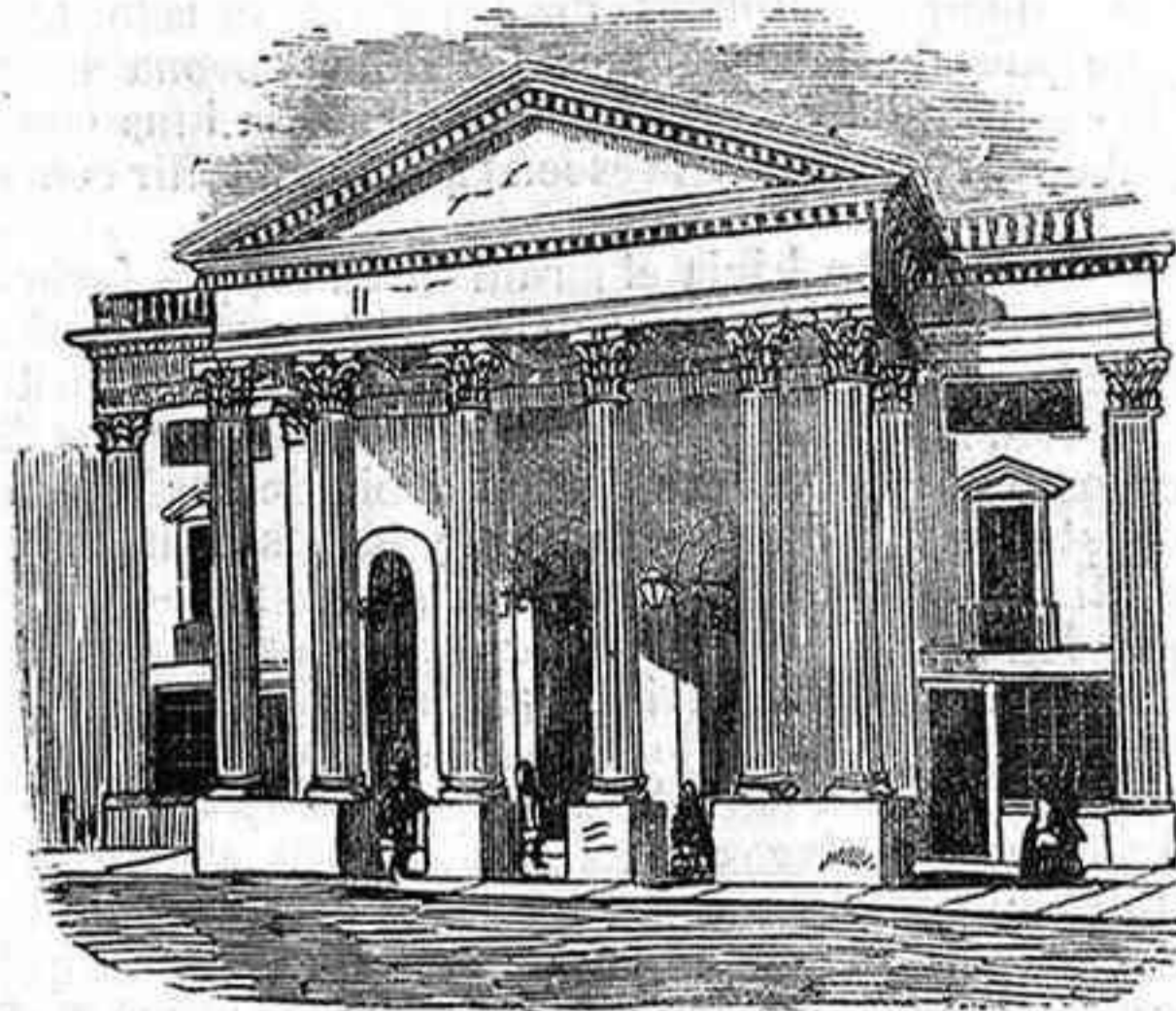
Di gracias á D. Julian por la buena memoria que habia tenido de mí; procuré enterarme mas á fondo que lo estaba de su asunto, y le rogué no se molestase en venir á mi casa, ofreciéndole pasar á la suya siempre que fuese necesario. Por supuesto, yo pensaba tener necesidad de visitarle muy á menudo. Con este motivo le pregunté si continuaba viviendo en su quinta, y supe con no poca satisfaccion, que la ocurrencia del pleito habia sido causa de que D. Julian se trasladase á Valencia con toda su familia, antes de la época acostumbrada.

Tomé las señas de su casa, y le visité al día siguiente con pretexto del pleito, que, sea dicho de paso, cualquier otro hubiera defendido mejor que yo, pues por mi gusto lo habria hecho eterno.

Pronto me puse en buenas relaciones con la familia de D. Julian, y especialmente con la sensata Adelaida, la cual no tardó en adivinar mi pasion hacia su hermana. En cuanto á

esta, me trataba con afabilidad, como á todo el mundo; pero fui tan torpe que nunca tuve acierto para declararla mi amor.

—Imposible! exclamó la condesa, interrumpiendo á Flo-



Liceum Theatre.

rencio: V., el galanteador de todas las muchachas bonitas, la mariposa de los salones, no tuvo alientos para enamorar á Cándida!... eso parece inverosímil.

—Señora, creo haber dicho que estaba enamorado de ella, enamorado con delirio, y esto mismo me hacia circunspecto, tímido, cobarde. Además, he revelado á V. que mis galanterías actuales son hijas del cálculo; quiero seducir para no ser seducido. Suponga V. que me enamorase otra vez, lo que Dios no permita: la jóven que fuese objeto de mis deseos, estaria ya avisada: en una palabra, he perdido una vez por encogido, y me desquito, es una diversion como otra cualquiera. Entonces tenia mis razones para contenerme en ciertos límites;



Adelfhi Theatre.

ahora no quiero tener razon ni juicio. Cualquier otro, en mi caso, habria contraido un carácter tétrico, no habria vuelto á mirar á la cara á ninguna muger, no sabria mentir amores, teniendo el corazon... ocupado, ú ocupado por uno verdadero: yo he adoptado el *similia similibus*, y me curo homeopáticamente. Las muchachas son una excelente medicina.

—Segun y como... replicó la condesa con cierta intencion.

—Ah!... lo dice V. por esas locuras que me atribuyen... No crea V. eso: malas lenguas. Busco las aventuras por distraerme; pero... y á propósito: V. sabe mi capricho de jugar á toda clase de loterías, rifas y demás juegos de azar; tambien es cálculo, por aquello de *desgraciado en amores... etc.* Pues bien, esta misma noche, antes de venir aquí, por correr una de esas aventuras que V. con alguna justicia reprueba, me parece que he tropezado con la fortuna.

—Cómo es eso?
—Sí señora. Bajaba yo al anoecer muy embozado en mi capa por la calle de la Montera: caminaba sin objeto, sin intencion, hasta sin saber dónde ponía los pies, cuando al em-



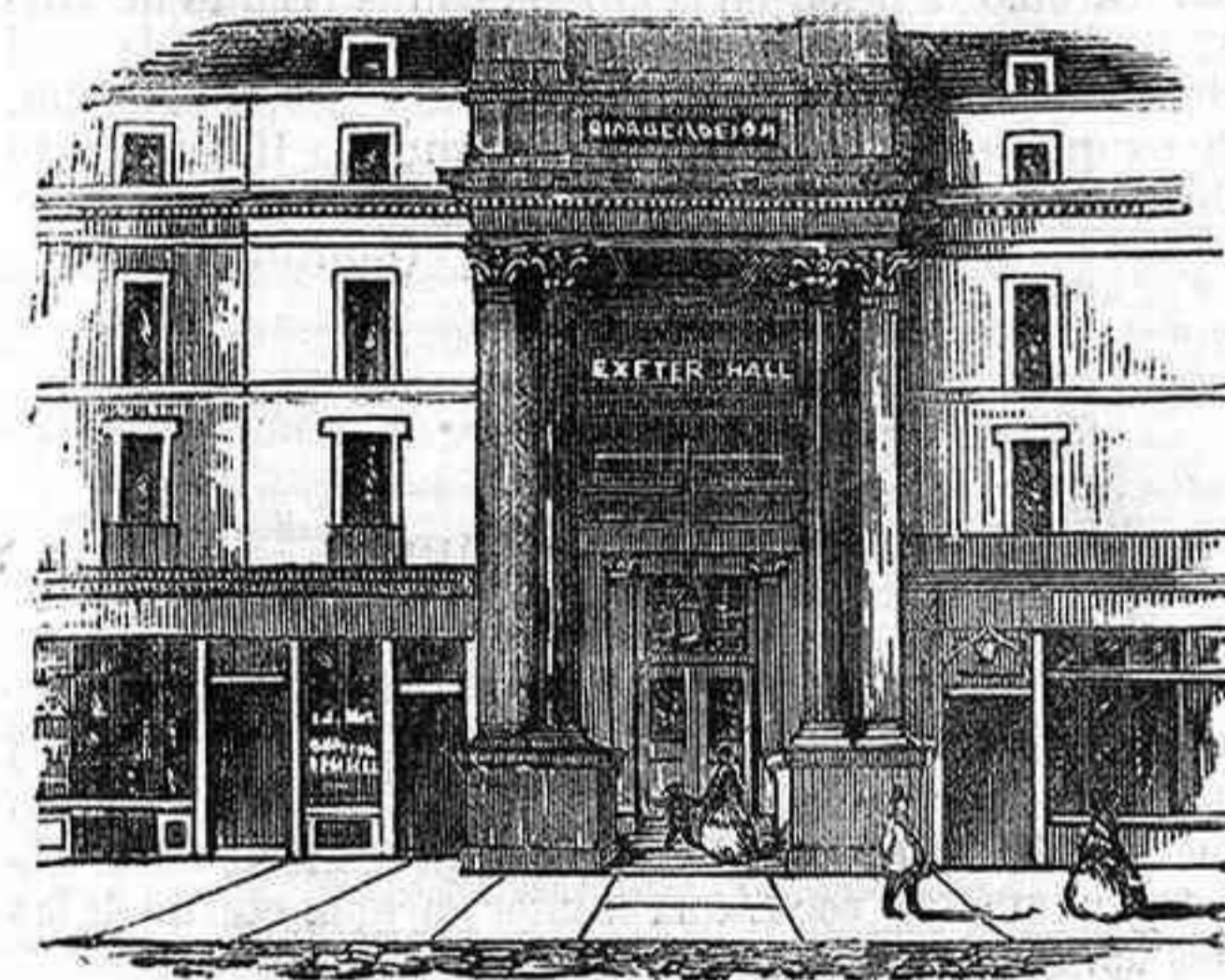
The suspension Bridge.

parejar con una de esas brillantes quincallerías que han dado en llamar *bisuterías* á la francesa, para que lo entienda mejor el marchante, reparé en una jóven de hermoso talle que estaba contemplando las bujerías colocadas en el aparador. Maquinaalmente hice como ella, me paré: la jóven volvió el ro-

tro, que llevaba medio cubierto con el velo de la mantilla, y sin duda me conoció, pues acabó de cubrirse, y salió poco menos que á escape la calle abajo.

Picado de curiosidad la seguí: pronto la di alcance, y comencé á decirle tonterías: noté que se reia de oirme, pero al mismo tiempo apresuraba mas el paso. No te escapas, pensé, tú me conoces y temes, luego algo me debes. Y acercándome cuanto pude á su oido, la dije: Señora, es inútil que V. se fatigue y corra, porque no tengo nada que hacer mas que seguirla. Ella se rió de un modo que la oí; pero no contestó palabra, y continuó su marcha gimnástica.

Tropezando aquí, resbalando allí, perdiéndola entre el gentío que cuenta las horas en el reloj del Buen Suceso, volviéndola á alcanzar, llegamos, ella delante y yo detrás, aunque tengo buena andadura, hasta la plazuela del Angel. Allí torció el rumbo la maldita, y comencé á marearme, internándose en la calle de la Cruz, volviéndome y revolviéndome por varias



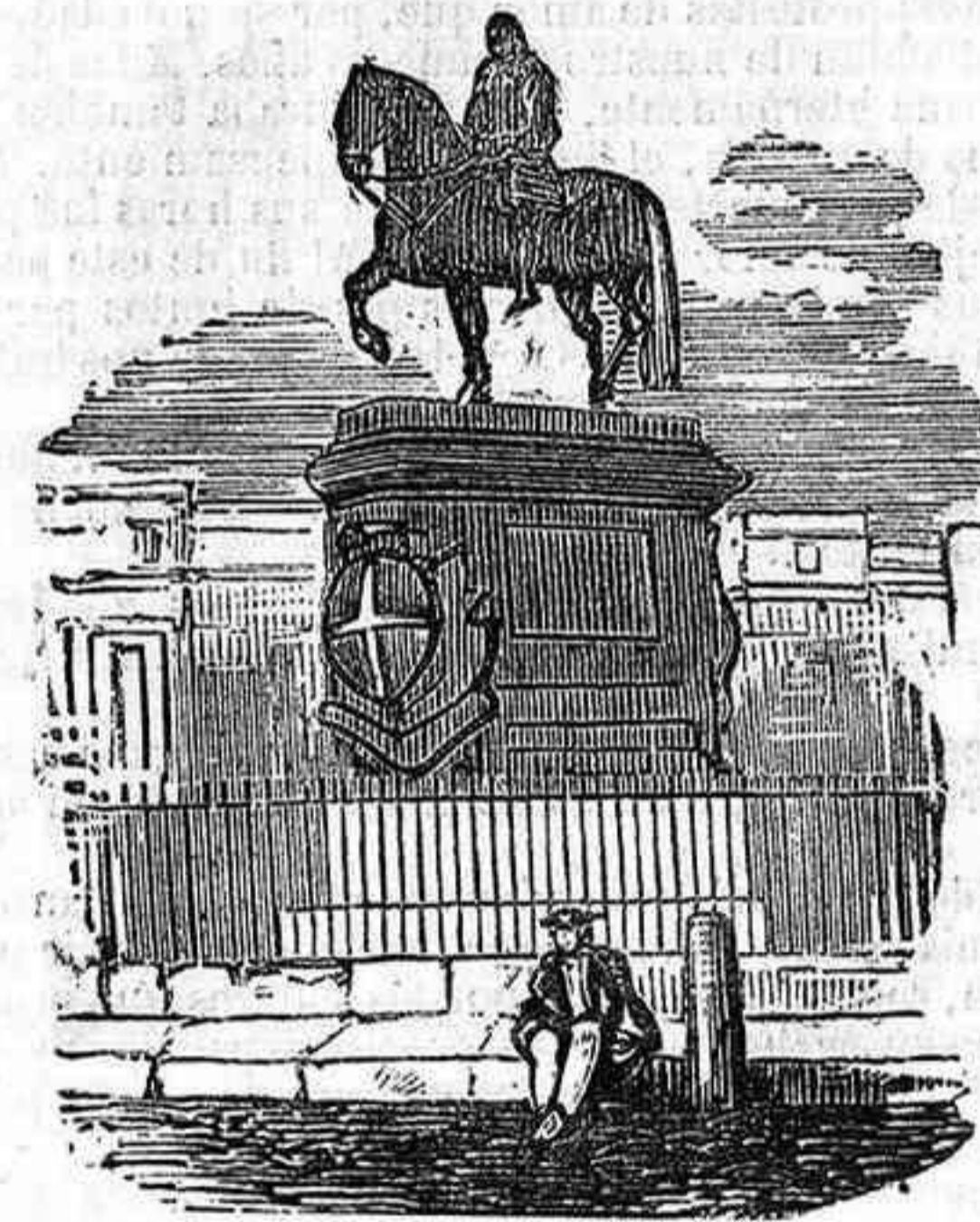
Exeter Hall.

callejuelas, y sin cesar de requebrarla, y ella de callar y reirse. Sin esta circunstancia, veinte veces la habria mandado al diablo; pero aquella risa no sé por qué irritaba mi amor propio; me habia empeñado en seguir á la hada nocturna, y lo hice fascinado, hasta la calle del Desengaño, adonde la desconocida me condujo.

De pronto ví que entraba en el despacho de loterías que hay esquina á la calle de Valverde: sin detenerme entré detrás; tapada siempre con el velo, y volviendo recelosa la cabeza, la brujita sacó una mano blanquísima, echó sobre el mostrador media onza en oro, y dijo: Medio billete.

—El otro medio! exclamé para justificar de algun modo mi brusca entrada en el despacho.

«El lotero partió un billete, y nos dió á cada uno la mitad. Todo esto pasó con la celeridad del relámpago. La desconocida tomó su papel, y salió: yo eché mano al bolsillo, y no encontré mas que una ochentina en oro y lo demás en napoleones: para volverme el pico que sobraba se pasó algun tiempo, aunque yo daba prisa al lotero. Cuando sali á la calle, comencé á mirar á todos lados; la culebra habia desaparecido: recorrí todas las calles inmediatas, empezando por la de Valverde, cuya esquina presumí que habria doblado la incógnita, y acabando por la travesía del Desengaño. Trabajo inútil: esa



Statue of Charles the first.

muger seguramente se valió de la estratagema del medio billete para escapar de mi persecucion; pero afortunadamente guardo el otro medio, aquí lo tengo, y no lo doy por cuatro mil duros.

—¿Qué ocurrencia! y no sospecha V. quién puede ser esa muger?

—Nada; pero lo sabré cuando vaya á cobrar el premio mayor de la lotería.

—Tanta fé tiene V?...

—Oh!... fé ciega: esta vez me toca, y no poco; pues como VV. conocerán, la extraccion próxima es de grandes premios.

—Pues señor, está bien: felicito á V. desde ahora. Pero la fortuna en ciernes ha hecho que olvide V. el amor. Decia V. que no se atrevió á declararse á Cándida...

—Cabalmente: y repito que jamás volveré á ser niño, pues me pesa haberlo sido una vez. Tenia razones para guardar una respetuosa reserva con aquella niña: en primer lugar me parecia muy superior á mi mérito, y ya que no pudiese yo igualarla en talento, queria que una posicion ventajosa, ganada por mis esfuerzos, me hiciese digno de acercarme á ella: este

En una obra de M. Jussieu, que se halla en las memorias de la Academia de Ciencias de París, del año de 1748, se da noticia de como hablaba una niña que habia nacido sin lengua.

El oso Marco.

Desde Renato II, los duques de Lorena tenían un oso en reconocimiento del servicio que el Canton de Berna, que tiene á este animal por armas, hizo á este príncipe, obligando á los demás Cantones á socorrerle contra el duque de Borgoña.

El oso del duque Leopoldo se llamaba Marco. Por el invierno de 1709, un jóven saboyano, que moria de frio en una especie de caballeriza donde una buena muger le permitia acostarse, se entró en la guarida de Marco sin pensar en el peligro que corria. El oso, bien lejos de hacerle daño, le cojió entre sus brazos para darle calor, hasta la mañana que le dejó libre. El saboyano volvió á la noche al mismo paraje, y fué recibido con igual afecto. En todos los siguientes dias este fué su abrigo; pero se admiró aun mas viendo que el oso le habia reservado una parte de su racion. Un dia en que el criado vino á traer á su amo la cena mas tarde de lo regular, se sorprendió de ver al animal lanzar furiosas miradas, y parecer indicarle que no hiciese tanto ruido por no despertar á un muchacho que tenia en sus brazos. Aunque el animal era muy gloton, no hizo caso alguno de la comida que le presentaban.

Se estendió bien pronto la noticia en la corte, y llegó á los oídos de Leopoldo, que quiso ser testigo con parte de sus cortesanos de la generosidad de Marco. Muchos pasaron allí la noche, y vieron con sorpresa que el oso no se movió mientras durmió su huésped. El muchacho despertó al amanecer, y viéndose descubierto y temiendo que le castigasen, pidió perdon. El oso le acariciaba é incitaba á comer de su racion, lo cual hizo mandado por todos los circunstantes que le conduxeron al príncipe. Habiendo sabido este toda la historia de tan singular alianza, y el tiempo que habia durado, tuvo cuidado del saboyano, el cual sin duda hubiera hecho fortuna sino hubiese muerto poco tiempo después.

Los viajeros modernos.

Creemos que nuestros lectores leerán con gusto los interesantes detalles y curiosas noticias de la China, que hemos tomado de dos obras publicadas últimamente en Francia, y que han merecido una gran aceptación.

La primera, cuyo autor es Mr. Gutzlaff, nos introduce en el palacio imperial de Pekin, nos pinta su carácter, la vida del último emperador de la China, las costumbres de su corte y las de su predecesor. La segunda, debida á la pluma de Mr. Sirr, añade á las observaciones generales sobre las curiosidades de la China, nociones exactas sobre los establecimientos fundados por los ingleses en los confines de este inmenso imperio á consecuencia del tratado de Nankin.

Las primeras tentativas de los ingleses para entrar en relaciones con la China, datan de mediados del siglo XVI. Precedidos en Macao y en Canton por los portugueses, no podian acomodarse por mucho tiempo en su natural ardiente á semejante rivalidad. En 1596 se embarcaron dos mercaderes para las costas de la China, con una especie de mision oficial, llevando una carta que la reina Isabel enviaba al soberano del celeste imperio en los términos mas obsequiosos y las fórmulas mas pomposas. Esta carta no llegó á quien iba dirigida. El buque que debia conducirla á Pekin pereció en una tempestad. En 1613 se hizo otro ensayo por el comercio británico y se envió otra carta real.

Esta vez llegaron á establecer los ingleses una factoría en el Japon; se acercaron al objeto de sus deseos, y al poco tiempo un atrevido marino, el capitán Weddell, se adelantó resueltamente, con gran asombro de los mandarines, por el río de Canton. Los portugueses eran los únicos europeos á quienes les era permitido, por un decreto imperial, hacer el comercio en esta ciudad. Espantados de la aproximacion de los ingleses, hicieron todo lo posible para separarlos, y lo lograron por algunos años en virtud de sus incesantes solicitudes, y principalmente por las hábiles distribuciones de dinero: poderoso medio de seducción así en la China como en Europa. Pero tenían que luchar con una nacion paciente y tenaz, que no renuncia fácilmente á los proyectos que concibe, cuando en ellos están comprometidos sus intereses. Poco á poco se fueron estableciendo los ingleses en Ambay, en Formosa, luego por último en Canton, aceptando con valor, sufriendo con resignacion las impertinencias de un gobierno que no designa á los extranjeros sino con el nombre de bárbaros, pagando á título de tributo regular impuestos enormes y otras gabelas accidentales mas considerables todavía. Por espacio

de un siglo la historia del comercio inglés con la China no presenta sino dos largas series de hechos muy tristes: por una parte los actos arbitrarios, las sentencias crueles, las vejaciones de los mandarines; por otra las dolorosas concesiones ó las inútiles quejas de los mercaderes. A cada momento, bajo cualquier pretexto, los funcionarios chinos aparecian con nuevas exigencias, que se resolvian ordinariamente con un nuevo impuesto.

Si los ingleses rehusaban ceder á estos rigurosos apremios, en el momento mismo una órden del gobernador les arrebatava sus criados chinos, les prohibia la entrada en los mercados, y los reducía al hambre.

El tratado concluido en 1715 entre la compañía de las Indias y los magistrados de Canton, da una idea de las precauciones que los ingleses se habian visto obligados á tomar para garantizarse cuanto fuese posible en los confines del celeste imperio la seguridad de su existencia y de su comercio. Exigen en este tratado la libertad de tomar chinos á su servicio, y despedirlos cuando lo tuviesen á bien; la libertad de castigar por sí mismos á los marineros que delinquiesen, en lugar de entregarlos á la justicia espeditiva del país, la libertad de comprar las provisiones necesarias para sus buques y factorías, y la libertad de levantar una tienda en la playa para componerse

bajo de discutirla, y lord Amberst se volvió sin haber sido admitido á la audiencia de su sublime monarca.

A pesar de la fuerza evidente de los ingleses, de las señales maravillosas de su ingenio industrial, de la aparicion de muchos de sus buques de guerra y el fausto de la embajada de lord Macartney, que seguramente no indicaba una insignificante nacion, los chinos quedaron infatuados de tal manera de su superioridad, que en 1805, habiendo recibido el emperador algunos presentes de Jorge III, le dirigió la siguiente carta, donde salta de cada palabra una gran insolencia:

«Vuestro reino está á una larga distancia mas allá de los mares, pero vuestra nacion se mantiene fiel á sus deberes. Observa de lejos la gloria de nuestro imperio y admira con respeto la perfeccion de nuestro gobierno. Nos habeis enviado cartas que nos parecen dictadas con un sentimiento conveniente de estimacion y veneracion; y para que se cumplan los votos de V. M., hemos resuelto aceptar las ofrendas que habeis hecho depositar á nuestros pies. Por lo que toca á vuestros súbditos que se dedican al comercio en nuestros dominios, os hacemos observar que nuestro gobierno celeste, en su bondad infinita, concede á todas las naciones una mirada de caridad y de benevolencia. Siempre hemos obrado para con vuestros súbditos con excesiva indulgencia y con excesiva afecion. No hay necesidad, pues, de que intervengais en nuestras relaciones con ellos.»

Si la China ha tratado constantemente con injurioso desprecio á los europeos, si se ha mostrado, sin razon alguna, mas arrogante é intratable en sus relaciones con la Inglaterra, ahora la Inglaterra le está haciendo espiar cruelmente este error. La Inglaterra le ha llevado el opio, y por la fuerza de las armas le ha obligado á que pague una indemnizacion á los comerciantes á quienes los mandarines habian quitado esta droga fatal, que M. Sirr llama la maldicion de la China: *the curse of China*.

El opio que los buques de comercio trasportan á los mares de la China, y que los contrabandistas estienden por la costa, se carga en la India. El cultivo de la planta (*papaver somniferum*) de que se extrae exige el mejor terreno y continuos cuidados. Los indios, con su naturaleza indolente, no se deciden sino por el atractivo de una ganancia considerable á emprender este trabajo. Los comerciantes compran y pagan adelantada la cosecha á razon de 15 chelines (unos 76 reales) la libra. Por el mes de setiembre ó octubre preparan el terreno; en el mes de noviembre lo siembran. Hay que regarlo al menos dos veces á la semana. A los seis ó siete dias, tiene la planta unas dos pulgadas de alto; á los dos meses y medio está madura.

Se extrae el jugo de ella haciendo varias incisiones en las cápsulas con espinas ó con agujas. Este jugo, que es de color moreno muy bajo, se seca al sol, reducido á una pasta que se dispone en tiras de cuatro ó cinco pulgadas de ancho. Estas tiras, envueltas en unas hojas, se reúnen en cajas de 133 libras, que vienen á ser para los especuladores un objeto de un jugo desordenado. En 1846, dos comerciantes de Calcuta, encarnizados uno contra otro en una subasta, hicieron subir el valor de cada caja puesta en venta á la increíble suma de 130,000 rupias. No es posible calcular lo que estas mismas cajas debieron costar al pormenor á los chinos. La compra de este veneno á precios tan fabulosos es una de las primeras causas de ruina para aquellos que desgraciadamente se han creado de esta sustancia una necesidad. El uso que hacen de ella los aniquila moral y físicamente. No hay reciente relacion de viaje por Chi-

na en que no se encuentren dolorosos detalles sobre el fatal estado de los fumadores de opio. Lord Joselin, que los ha visto bajo la influencia de esta malhadada sustancia, los describe de la manera mas característica.

En Singapor, en el centro de la ciudad, hay una calle donde en todas las tiendas se vende este funesto artículo, y por la noche una multitud de chinos acude á ellas para entregarse á su depravado gusto. Los cuartos donde se reúnen para fumar están rodeados de una especie de butacas con su almohada para reclinar la cabeza. La abertura de la pipa en que se introduce el opio no es mas ancha que una punta de alfiler. Un grano de opio, mezclado con una especie de incienso, basta para llenarla. El fumador no saca de ella mas que dos fumadas, y cuando empieza á entregarse á este terrible ejercicio, le bastan dos pipas; pero poco á poco se acostumbra á fumar horas enteras, y los criados del establecimiento están ocupados constantemente en renovar las dosis de opio y en encender las pipas. Después de abandonarse durante algunos dias á esta mortal seducción, el fumador aparece con la cara pálida y el ojo triste. Una vez que contrae el vicio del opio, ninguna consideracion de fortuna, ningun sentimiento humano puede separarlo de él. Por satisfacer su pasion sacrificará todos sus intereses, todas sus afecciones de familia.

(Continuará.)



Modas.

sus velas. Exigen además no pagar derechos por los efectos que no pudiesen vender y que volviesen á embarcar.

No puede verse sin sorpresa en los anales de la orgullosa Inglaterra, un contrato tan modesto; y sin embargo, mas de una vez lo violaron impunemente todavía los chinos. En 1785 todas las provisiones entregadas á los ingleses se recargaban de tributos, así como las mercancías que llevaban en sus buques; se vendiesen ó no; y si un hombre de su tripulacion cometia una infraccion á los reglamentos de policia, se apoderaban de él los chinos, y si el delito era algo grave, quedaba ejecutado al momento.

Las activas y continuas reclamaciones de los negociantes ingleses, determinaron por último al gobierno de la Gran-Bretaña á enviar una embajada á China, la embajada de lord Macartney, la cual costó mas de diez y seis millones de reales y produjo muy pocos resultados; en 1816 fracasó completamente otra embajada confiada á lord Amberst. Este solo consiguió al principio con mucho trabajo la autorizacion de entrar en Pekin. Luego que llegó, tuvo que detenerse de nuevo por una cuestion de etiqueta. Habiéndose advertido á lord Amberst que se prosternase delante de una imagen del emperador, declaró que no lo haria como un funcionario chino no rindiase igual homenaje al soberano de Inglaterra. Semejante pretension por parte de un bárbaro pareció tan exorbitante á los miembros del consejo imperial, que no se tomaron el tra-

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.